

XIX.

LA VENGANZA DE JUAN VALJEAN

Cuando Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba hecho debajo de la mesa. En seguida le indicó que se levantara.

Javert obedeció, con esa indefinible sonrisa en que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó á Javert de la gamarra, como se tomaría á una acémila de la rienda, y arrastrándole en pos de sí, salió de la taberna con lentitud, porque Javert, á causa de las trabas que tenía puestas en las piernas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron de este modo el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, todos atentos al ataque que iba á sobrevenir, tenían vuelta la espalda.

Sólo Mario, ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vió pasar. Aquel grupo del paciente y el verdugo se iluminó con la luz sepulcral de su alma.

Juan Valjean, aunque con algún trabajo, hizo escalar á Javert, atado y todo, sin soltarle un instan-

te, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondétour.

Una vez pasado este parapeto, se encontraron solos en la calle. Nadie los veía. El ángulo que formaban las casas les ocultaba á los ojos de los insurrectos. A algunos pasos de allí estaban hacinados los cadáveres traídos de la barricada.

En el montón de los muertos se distinguía un rostro livido, una cabellera suelta, una mano agujereada y un seno de mujer medio desnudo: era Eponina.

Javert consideró de través aquel cuerpo y dijo á media voz, profundamente tranquilo:

—Paréceme que conozco á esa muchacha.

Después se volvió hacia Juan Valjean.

Juan Valjean colocó la pistola bajo el brazo y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir:—Javert, soy yo.

Javert respondió:

—Desquítate.

Juan Valjean sacó una navaja del bolsillo y la abrió.

—¡Una sangría!—exclamó Javert.—Tienes razón. Te conviene más.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenía al cuello; en seguida cortó las cuerdas de las muñecas y, por último, bajándose, ejecutó lo mismo con la de los pies. Luego, poniéndose otra vez derecho, le dijo:

—Estáis libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, á pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentirse conmovido. Se quedó con la boca abierta é inmóvil.

Juan Valjean continuó:

—No creo salir de aquí. No obstante, si por ca-

sualidad saliese, vivo, con el nombre Fauchelevant, en la calle del Hombre-Armado, número 7.

Javert experimentó un sacudimiento de tigre que le hizo entreabrir los labios y murmurar entre dientes:

—Ten cuidado.

—Idos,—dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

—¿Has dicho Fauchelevant, en la calle del Hombre-Armado?

—Número 7.

Javert repitió á media voz:

—Número 7.

Abrochóse la levita; tomó cierta actitud militar, dió media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos y se puso á caminar en la dirección de los Mercados. Juan Valjean le seguía con la vista. Después de dar algunos pasos, Javert se volvió y gritó á Juan Valjean:

—Me fastidiáis. Mejor es que me matéis.

Javert, sin advertirlo, no tuteaba ya á Juan Valjean.

—Idos,—dijo Juan Valjean.

Javert se alejó poco á poco. Un momento después había doblado la esquina de la calle de Predicadores.

Cuando Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

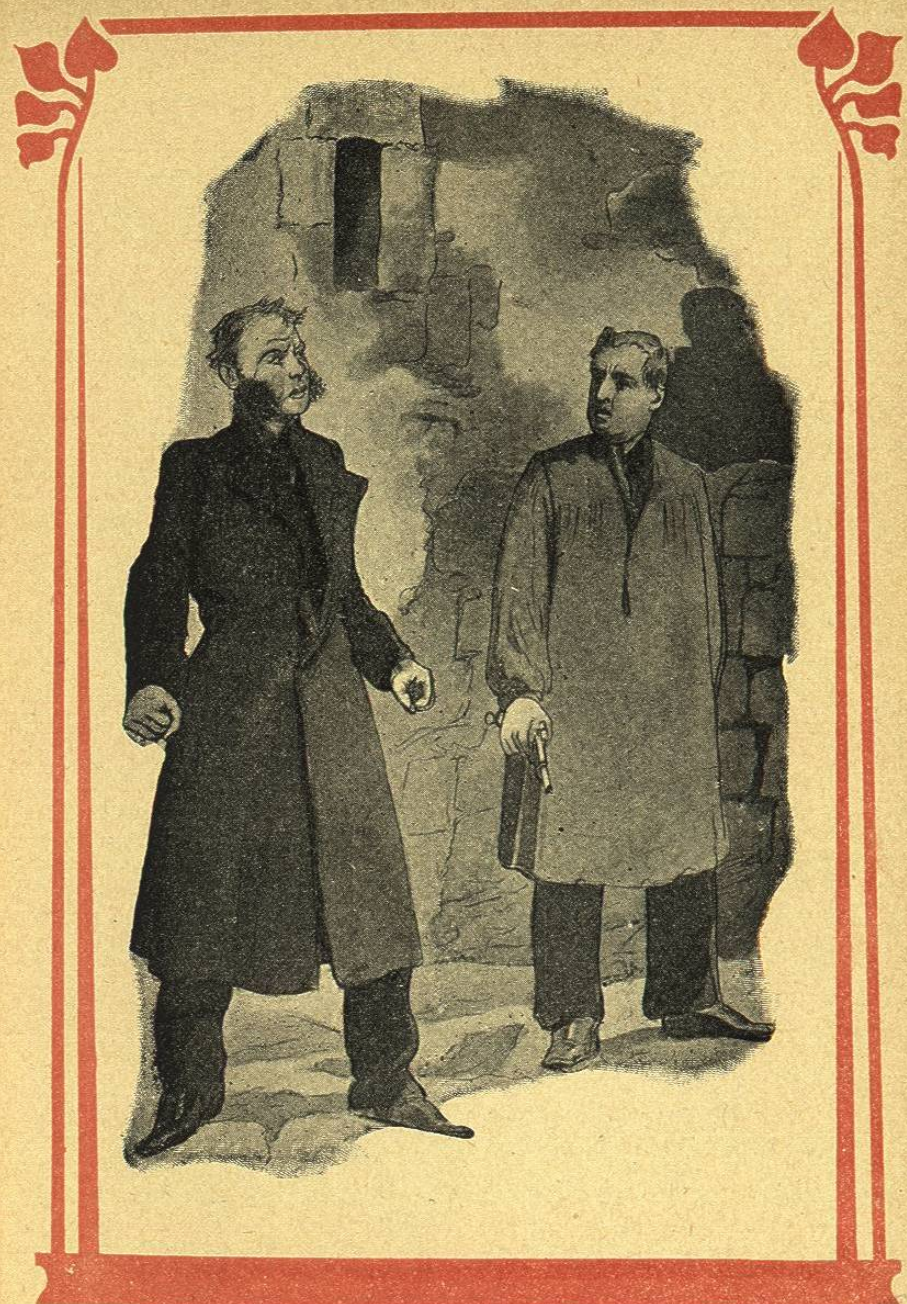
En seguida entró de nuevo en la barricada y dijo:

—Ya no hay remedio.

Veamos lo que había pasado entretanto.

Mario, más ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no había mirado hasta entonces con atención el espía amarrado en el fondo oscuro de la sala baja.

Cuando le vió á la luz del día, atravesando la barricada camino de la muerte, le conoció. Asaltóle



—Me fastidiáis. Mejor es que me matéis

un recuerdo repentino. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise y de las dos pistolas que le había entregado, y de las que se había servido en esta misma barricada; y no sólo se acordó del rostro, sino hasta del nombre.

Sin embargo, era un recuerdo nebuloso y confuso, como todas sus ideas. No fué una afirmación, sino una pregunta que se dirigió á sí mismo:—¿No es ese el inspector de policía que me dijo se llamaba Javert?

Quizá aún era tiempo de intervenir en favor de aquel hombre; pero, ante todo, había que cerciorarse de si era Javert.

Mario interpeló á Enjolras que acababa de situarse al otro extremo de la barricada:

—¡Enjolras!

—¿Qué?

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Quién?

—El agente de policía. ¿Sabes su nombre?

—Sin duda. Nos lo ha dicho.

—¿Cómo se llama?

—Javert.

Mario se levantó.

En aquel momento se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean volvió á aparecer y gritó:

—Hemos concluído.

Un frío glacial penetró en el corazón de Mario.